Dragon heart

by Picaraza

Category: How to Train Your Dragon
Genre: Angst, Romance
Language: Spanish
Characters: Astrid, Hiccup
Status: Completed
Published: 2014-08-22 00:51:11
Updated: 2014-08-22 00:51:11
Packaged: 2016-04-26 19:40:23
Rating: T
Chapters: 1
Words: 3,727
Publisher: www.fanfiction.net
Summary: AU. El dÃ-a que Hipo mata un Furia Nocturna.

Dragon heart

El dÃ-a amanece frÃ-o, afilado y blanco como un hueso roto. Despunta sobre las crestas de la isla, y en la aldea aÃºn relucen resplandores rojizos de fuegos sin apagar, que tiÃ±en de rubor los jirones de bruma que suben del mar con las primeras luces. El olor a humo, a sangre, a lana quemada, pesa denso en el aire. Hace tanto frÃ-o que duele en el pecho al respirar.

Astrid se aparta el flequillo apelmazado de la cara, y camina a pasos rÃ¡pidos sobre la hierba resbaladiza de rocÃ-o. La ropa mojada se le pega al cuerpo, Ã¡spera, y es como arroparse con el ocÃ©ano, profundo y helado. El tejido se ha vuelto pesado, estÃ¡ oscurecido a la altura de la tripa y en la parte de delante de la falda. TambiÃ©n en las rodillas, y a Astrid le rozan los muslos con las costuras al caminar. El cuero teÃ±ido de la falda parece arrebolado y blando con el agua, y le pica la lana del jersey debajo de los brazos y en las costillas.

Se le hace insoportable un olor tan de fuego, tan devastadoramente caliente, en una maÃ±ana tan frÃ-a. Huele a dragÃ³n, pero en la aldea sÃ³lo quedan cenizas y corrales vacÃ-os. Y una bandada de siluetas con forma de Ãšr invertida, recortadas contra el cielo pÃ¡lido, que se aleja hacia el horizonte.

Astrid se detiene un momento frente a la puerta principal de la casa. Levanta la vista y el tejado le parece muy lejano; la pendiente, afilada. Se le hace muy cuesta arriba. Se restriega las manos contra las tablas de la falda y sin querer, se araÃ±a levemente las palmas contra las pÃºas. Nota la piel de los dedos tirante y tierna de pasar toda la noche cargando cubos de agua.

Hipo es un estÃºpido, pero no quiere pensar en eso.

No quiere pensar en Mocoso riÃ©ndose, alardeando de que un dÃ-a serÃ¡ jefe porque su primo es un inÃºtil, en lo idiotas que son todos los hombres. No quiere acordarse de la figura apocada de Hipo, tan pequeÃ±o junto a su padre como si se encontrara frente a un dragÃ³n, y todos los ojos de la tribu fijos en Ã©l. No siente lÃ¡stima por Ã©l, porque eso nunca ha ayudado a nadie.

QuizÃ¡s lo que mÃ¡s le cuesta de entrar en casa es el olor. El hogar nunca estÃ¡ encendido cuando ella llega. No huele a pescado, a comida, a leÃ±a caliente. SÃ³lo hay un olor tenue a polvo que parece que se esconde por los resquicios. Y en el fondo, al entrar en casa y ver las habitaciones en penumbra, las camas hechas con un par de mantas raÃ-das, las paredes desnudas excepto por un escudo astillado que cuelga cerca del techo, Astrid siempre se echa a temblar de tanta quietud. Es un olor a vacÃ-o. Un poco a humedad, pero como de lejos. A cerrado. Son olores viejos y dÃ©biles, que le llegan como si los viera por el rabillo del ojo. Nunca penetrantes, llenos de furia, como el olor a dragÃ³n, o el olor acre a sudor de entrenar cuerpo a cuerpo. A veces cierra los ojos y respira agitadamente porque es un estupidez, y no quiere pensar en ello, pero le da la sensaciÃ³n de que nunca podrÃ¡ oler su casa de verdad. Nunca podrÃ¡ llegar, cerrar los ojos y sentirse a salvo, sentir que estÃ¡ en un lugar al que pertenece.

Astrid no es una cobarde. Empuja la puerta y resopla con fuerza. No huele a nada y no importa. Es mejor asÃ-.

El agua del cubo estÃ¡ helada como un arroyo de montaÃ±a, pero hunde las manos y se restriega con fuerza la cara, el cuello, las orejas de soplillo. Se echa el flequillo hacia atrÃ¡s, y ahoga un jadeo. Le castaÃ±etean los dientes, y le duele la frente de frÃ-o, como si alguien le estuviera aplastando la cabeza contra un bloque de hielo. Es un poco esa sensaciÃ³n. Cuando eran crÃ-os, Mocoso pasÃ³ una temporada lanzÃ¡ndole piedras y tirÃ¡ndole de las trenzas, y una maÃ±ana de invierno le enterrÃ³ la cara contra un montÃ³n apelmazado de nieve. Ella gritÃ³ y gritÃ³ porque le iba a estallar la frente, se retorciÃ³ como una anguila, pero no llorÃ³.

Aquel dÃ-a, Mocoso perdiÃ³ seis dientes de leche.

Astrid escucha un ruido metÃ¡lico a su espalda, una tos de las que cogen el pecho, pasos firmes que se vuelven suaves justo al final, en el talÃ³n. Se aparta el pelo de la cara y se gira para encarar a su madre.

La mujer estÃ¡ mirando por una de las ventanas. Ha dejado el hacha sobre la mesa y lleva la mejilla manchada de hollÃ-n. Tiene la cara redonda, como su hija, los labios apretados en una lÃ-nea finÃºstica. Es corpulenta y alta, y Astrid se descubre admirando sus fuertes brazos y comparÃ¡ndolos con los suyos, que parecen espinas de pescado.

â€”No sabÃ-a que estabas en casa â€”dice Astrid.

â€”Â¿Has acabado tu trabajo? â€”pregunta su madre. Tiene una voz profunda, y Astrid piensa a veces que es como si le hablara desde el fondo del ocÃ©ano. Tiene la trenza medio deshecha por un lado, el peto sucio. No se vuelve a mirarlaâ€”. AÃºn hay fuegos encendidos.

â€”Ya â€”replica ella, brusca. Lleva toda la noche despierta, corriendo por toda la aldea con cubos de agua. Empiezan a dolerle los brazosâ€”. Ya. Ya lo sÃ©. SÃ³lo he pasado por aquÃ- un momento. Ahora me voy.

PodrÃ-a haberse lavado la cara en cualquier otra parte. OdÃ-n sabe que precisamente hoy no va a tener ningÃºn problema para encontrar un cubo. TendrÃ-a que haberse lavado la cara en cualquier otra parte.

Su madre se gira a mirarla. Tiene los ojos de color marrÃ³n, como la corteza de un Ã¡rbol viejo y triste. Sus manos son grandes y callosas como las de cualquier hombre, y Astrid se sorprende pensando que cuando crezca no quiere tener esas manos.

â€”No. Escucha â€”dice la mujer. Ya no frunce la boca, pero sus labios estÃ¡n ajados. Se le escapa una tos e intenta retenerla con la boca, pero es como si le explotara dentro de los labios. Se golpea el esternÃ³n con el puÃ±oâ€”. Â¿Por quÃ© no descansas un poco? Ya estÃ¡ casi amaneciendo. PodrÃ-a encender el hogar.

Astrid no puede dormir con luz. Siempre se despierta al alba. Cuando era pequeÃ±a, jugaba a correr con palos persiguiendo a las gallinas mientras la aldea se ponÃ-a en movimiento. Llevaba el chaleco de piel de su padre y lo iba arrastrando por la hierba. Y cuando volvÃ-a a casa tomaba un vaso de leche de oveja, y siempre habÃ-a alguien. A veces durmiendo, si los dragones habÃ-an atacado durante la noche. Y Astrid llevaba su palo en ristre y arropaba las figuras dormidas de sus padres. SalÃ-a, cerraba la puerta, y se sentaba en el umbral, mirando fieramente a todo el que pasara por delante.

â€”Ya estÃ¡ casi amaneciendo â€”repite su madre, murmurando. Se ha acercado y su pelo huele a humo.

Astrid se aparta.

â€”No â€”replicaâ€”. Hace rato que ha amanecido. AÃºn queda trabajo por hacer.

Cierra la puerta, y durante un momento mira el umbral. Cuando recibiÃ³ su primer puÃ±al se dedicÃ³ a hacer muescas en la arista de las jambas, y parecÃ-an dientes, dos fauces de madera. Ahora sÃ³lo quedan las de un lado, porque el otro se quemÃ³ hace aÃ±os. La verdad es que no quiere sentarse en el umbral.

/.../

Los rumores empiezan cuando Patapez se estÃ¡ encargando de los rescoldos del Ãºltimo fuego. Los mellizos estÃ¡n peleÃ¡ndose por ver cuÃ¡l de los dos es mÃ¡s alto, ella casi subida sobre la espalda de Ã©l. Es entonces cuando Mocoso se acerca a Astrid y se sienta a su lado en la valla de madera. Inclina el cuerpo levemente hacia ella y se ladea el casco sobre la frente.

Astrid le mira las manos. El ancho es el mismo que el de las muÃ±ecas, y tiene los dedos cortos y gruesos. Es como si en vez de brazos tuviera troncos de Ã¡rbol.

Frunce el ceÃ±o y desvÃ-a la vista hacia lo que queda del fuego. La

casa humea, medio quemada, y Patapez pisotea las Ãºltimas brasas.

â€”Oye, Â¿te has enterado ya de lo Ãºltimo de Hipo? â€”pregunta Mocoso, alzando una ceja. Se rÃ-e entre dientesâ€”. No te vas a creer lo que ha dicho esta vez. Hay que ser patÃ©tico...

Chusco empuja a su hermana y, mientras forcejea con ella, les mira levantando la cabeza. Alza la voz:

â€”Â¿Dices lo del Furia Nocturna? EstÃ¡bamos todos delante cuando lo dijo. Â¡Dijo que le habÃ-a dado a un Furia Nocturna!

â€”SÃ-, es verdad. Mientras Estoico lo arrastraba agarrado del chaleco â€”recuerda Mocoso. SonrÃ-e socarronamente y mira a Astrid de reojoâ€”. Ya hay que estar desesperado. Acertarle a un Furia es imposible.

Astrid ve a lo lejos la punta del tejado de su propia casa. El trabajo ya estÃ¡ casi acabado, pero no cree que a estas alturas merezca la pena volver.

â€”Es una locura que te pasas... Â¡Ay! Â¡Oye, cara-moco!

Brusca le ha mordido el brazo a su hermano, y los dos mellizos ruedan por el suelo.

Patapez deja el cubo junto a la valla y se apoya en uno de los tocones junto a Astrid y Mocoso. Jadea un poco.

â€”Dicen... Dicen que hay uno en el bosque â€”murmuraâ€”. No sÃ© si lo ha matado Hipo, pero hace rato he oÃ-do decir a dos hombres que habÃ-a un dragÃ³n en el bosque. Un dragÃ³n... desconocido. Â¿Os imaginÃ¡is? PodrÃ-a echar un lÃ-quido por la boca que lo derritiera todo, hasta el metal, en cuestiÃ³n de segundos, o a lo mejor es capaz de lanzar una especie de rayo castigador por los ojos que petrifique a todo el que...

â€”Â¡EstÃ¡s loco! â€”brama Mocoso. Golpea con el puÃ±o la valla y la madera tiemblaâ€”. Â¿CÃ³mo va a existir un dragÃ³n que haga todo eso? Â¡No puede ser!

â€”Â¡Ya! â€”resopla Chusco, riÃ©ndoseâ€”. Me parece que alguien ha estado escuchando demasiadas historias de Hipo.

â€”Eso me parece mÃ¡s probable â€”Brusca se sonrÃ-e. Se acerca hacia donde estÃ¡n todos sentados y se coloca al lado de Astrid, que pone los ojos en blanco.

â€”Â¡Eso! â€”ruge Mocosoâ€”. Los dos sois un par de raritos. Seguro que...

Patapez frunce el ceÃ±o.

â€”Oye... No me llames rarito.

Chusco mira a su hermana abriendo mucho los ojos y agitando una mano. Astrid se vuelve a observar la escena con interÃ©s.

Mocoso levanta una ceja y el mentÃ³n. Parece a punto de bajarse de la

valla, pero evalÃºa con una mirada rÃ¡pida los enormes brazos de Patapez y su altura superior. Finalmente resopla y se gira hacia Astrid.

â€”_Evidentemente_, Hipo es un mentiroso â€”explica burlonamenteâ€”. Cuando vuelva mi padre, le preguntarÃ© sobre ese dragÃ³n del bosque. Seguro que es un Terror Terrible que se ha muerto de viejo, o algo asÃ. Ya lo verÃ©is.

â€”Â¿No estÃ¡ tu padre? â€”pregunta Brusca, asomÃ¡ndose tras el hombro de Astrid.

â€”No, quÃ© va. Se ha marchado con Estoico y con BocÃ³n. Ninguno de los tres estÃ¡ en la aldea.

Astrid ve a Patapez fruncir el ceÃ±o, pensativo. TambiÃ©n ve, a lo lejos, a un grupo de guerreros jÃ³venes tomar el camino que se dirige al bosque.

â€”Pero... â€”murmura Patapez. Por lo visto ha tenido la misma idea que Astrid, y su mirada se desvÃa hacia las montaÃ±as.

â€”Estoico no se marcharÃa de la aldea tras un saqueo â€”interrumpe Astrid. Se baja de un salto de la valla y se sacude la faldaâ€”. Yo me voy al bosque.

/.../

Los cuernos aÃºllan, atronadores. La tribu entera se ha congregado y golpean las armas contra sus escudos, vitorean, gritan. El aire estÃ¡ cargado de un olor penetrante, fresco y verde oscuro de agujas de abeto, y metÃ¡lico, como a herrumbre, un olor a sangre y a batalla, a algo sin nombre, algo que bombea, que resuena en el pecho de Astrid con golpes profundos como desde tiempo antiguos.

Astrid quiere gritar. El mango del hacha es Ã¡spero en su mano, y lo Ãºnico que quiere hacer es gritar.

Hipo estÃ¡ quieto delante de una mole negra atada con soga en zigzag. A simple vista parece una roca oscura, cubierta de musgo podrido, pero no es asÃ. Astrid entrecierra los ojos y en realidad la mole es un nudo de alas, patas y cola envuelto en cuerda, y ella piensa en una trenza oscura de mujer. Los mechones anudados, el cordel. A Hipo le tiemblan las manos y tiene la mirada perdida entre los Ã¡rboles.

Es un dragÃ³n pequeÃ±o, al menos para lo que suelen ser los dragones. No tiene cuernos de ningÃºn tipo. No es lo que uno esperarÃa de un Furia Nocturna, y Astrid se pregunta si no serÃ¡ poco mÃ¡s que una crÃa, u otra raza distinta de la que no saben nada. El dragÃ³n se agita furioso y se detiene bruscamente, rÃgido de pronto. Jadea. EstÃ¡ herido, y Astrid quiere gritar. Ve las manos temblorosas de Hipo, y Ã©l no deberÃa estar ahÃ arriba. No deberÃa ser Ã©l. No hay gloria en matar a un dragÃ³n con trucos y trampas. No hay honor en matar a una criatura rota. No deberÃa ser Ã©l. Que alguien haga algo. No deberÃa ser Ã©l. Astrid no puede ver a su madre entre la multitud. Â¿EstÃ¡ tosiendo? Tampoco es que la estÃ© buscando. Pero no puede verla por ningÃºn sitio, e Hipo no deberÃa estar ahÃ. Nunca estÃ¡ donde tiene que estar. Â¿Por quÃ© nadie hace nada? Le pesan tanto los brazos. Aprieta los dientes, porque todo lo que quiere

hacer es gritar y gritar, gritar porque tiene el olor metido en el pecho. Verde oscuro como los abetos, hierro como la sangre. Le late por dentro de las costillas, le inunda la nariz. Le da miedo no poder sacarse jamÃ¡s ese olor.

Fue su madre la que decidiÃ³ su nombre. Astrid. Dijo que para su hija no habrÃ-a nombres horribles con los que espantar a los _trolls_. Dijo que si la niÃ±a querÃ-a estar a salvo, tendrÃ-a que espantarlos ella misma. Voy a criar a una valquiria, dijo.

Astrid quiere gritar. Es lo Ãºnico que podrÃ-a hacer en este momento.

A su alrededor, los vikingos rugen y amenazan al dragÃ³n. Diablo, lo llaman. Piden que se libere a la bestia para que Hipo pueda derrotarla en combate, y durante un momento Astrid no siente nada en absoluto. Son palabras, y hay algo mÃ¡s poderoso latiendo en su cuerpo, en todo el bosque. Los gritos continÃºan y entonces se le cubre toda la piel de carne de gallina, hasta el cuero cabelludo. Siente el pelo erizado en la coronilla y el cuello rÃ-gido como si fuera un animal acorralado, y sabe con una certeza escalofriante que Hipo va a morir, y nada podrÃ-a convencerla de lo contrario. Mira los ojos perdidos de Ã©l, y le da la sensaciÃ³n de que Ã©l tambiÃ©n lo sabe.

No va a sentir lÃ¡stima, porque serÃ¡ una muerte honorable. Digna. No siente lÃ¡stima. Eso nunca ha ayudado a nadie. Y repite esas palabras despacio, por lo bajo. El hacha le pesa tanto en el brazo.

Los vikingos quieren coraje, quieren que Hipo sea uno de ellos y mate al dragÃ³n como un vikingo. Eso dicen. No dejan de rugir. No se puede oÃ-r nada mÃ¡s en el bosque. Y ese latido al fondo de todo.

Estoico rÃ¡pidamente levanta una mano para acallarlos.

â€”Â¡BASTA! â€”brama con voz profunda. El silencio parece desperezarse y cubrir todo despacio, como un manto, y Astrid se muerde el puÃ±o. No va a gritarâ€”. Hipo ha capturado al dragÃ³n con uno de sus inventos. Nos ha demostrado que sus ideas funcionan.

Entre la multitud alguien grita:

â€”Â¡Esa no es manera de matar a un dragÃ³n! Â¡AsÃ- no hay gloria en el combate!

Un coro de voces aclama esas palabras.

â€”Â¡BASTA! â€”repite Estoicoâ€”. Â¿Eso es todo en lo que podÃ©is pensar? Â¿La gloria? Â¿QuÃ© gloria hay en permitir la muerte de buenos vikingos (Â¡buenos guerreros!) cuando es posible acabar con esta plaga de una forma mÃ¡s segura? Â¡Escuchadme! Si me dieran a elegir entre usar uno de esos cacharros y enfrentarme a este demonio con mis manos desnudas, podÃ©is estar bien seguros de que escogerÃ-a la segunda opciÃ³n. Pero de este modo, tenemos una alternativa. Si apostamos tiradores en lo alto de la aldea, tendremos una ventaja sobre esos monstruos, ademÃ¡s de nuestro valor y nuestra fuerza. Â¡Somos vikingos! AsÃ- que somos valientes, pero eso no quiere decir que seamos estÃºpidos. Hay una lÃ-nea muy delgada que separa el valor de la temeridad, Â¡y no la cruzaremos!. Hasta hoy nadie habÃ-a sido

capaz de derribar a un Furia Nocturna, e Hipo lo ha conseguido. No le arrebatemos ese logro. ConfÃ-emos en sus mÃ©todos, porque gracias a Ã©l por fin podremos protegernos de los Furias Nocturnas. Â¿CuÃ¡ntos de vosotros habÃ©is perdido un hermano, una esposa, un hijo, a manos de estas criaturas?

Las manos se alzan rÃ¡pidamente.

â€”Â¡Yo!

â€”Â¡YO! Â¡Mi hija!

â€”Â¡Mi hermano pequeÃ±o!

â€”Â¡YO!

La tribu vuelve a gritar, entrechocan sus armas furiosamente, e Hipo sigue quieto. Sigue mirando como a lo lejos y parece que no escucha nada de lo que sucede a su alrededor.

â€”Hoy Hipo os vengarÃ¡ a todos â€”continÃºa Estoico con voz atronadoraâ€”. Hoy mi niÃ±o se harÃ¡ un hombre y nos honrarÃ¡. Hoy Hipo matarÃ¡ al dragÃ³n.

SegÃºn habla, apoya una de sus enormes manos sobre los enclenques hombros de su hijo. Hipo estÃ¡ entre el dragÃ³n y su padre, y Astrid no puede dejar de mirarlo, y nunca le ha parecido tan joven. Se pregunta si acaso Estoico no puede sentirlo temblar, porque parece un cervatillo, una criatura pequeÃ±a y patÃ©tica, y en sus ojos, al fondo, lo que parece es una criatura muerta. Es al pensar esto cuando el latido se detiene.

â€”Haz que me sienta orgulloso de ti.

Astrid se apoya la mano contra el pecho, pero no hay nada. No hay nada, sÃ³lo lana hÃºmeda contra la palma de su mano. SÃ³lo gritos, rugidos de hombres y mujeres, lejanos a pesar de que estÃ¡n rodeÃ¡ndola. SÃ³lo un olor intensÃ-simo y afilado de agujas de abeto. Un olor verde por todas partes, e Hipo se gira a mirar a su padre y asiente.

Astrid lo observa y parpadea varias veces. Siente vÃ©rtigo en la tripa, porque Hipo no parece el mismo. Tiene la boca apretada, la espalda recta, y ojos de hombre. Luego se vuelve hacia el Furia Nocturna y levanta un puÃ±al diminuto que brilla al sol como un destello en el agua.

â€”Voy a matarte, dragÃ³n â€”Su voz suena jadeante, duraâ€”. Voy a arrancarte el corazÃ³n para entregÃ¡rselo a mi padre. Soy un vikingo. Â¡SOY UN VIKINGO!

La criatura deja caer la cabeza hacia atrÃ¡s con un gruÃ±ido, y durante un momento Hipo cierra los ojos con fuerza. Luego los mantiene abiertos. Horrorosamente abiertos mientras el cuchillo se hunde en el pecho del dragÃ³n con un chasquido contundente y hÃºmedo, y la sangre salpica la cara de Hipo, que de pronto parece que tiene una barba de sangre en la mandÃ-bula, y pecas rojas en la frente. Le gotea la cara. Sus ojos abiertos, y el puÃ±al entra y sale compulsivamente. Huele muy fuerte a hierro, huele caliente y oxidado. Algo corrosivo y metÃ¡lico debajo de los abetos, de todo el olor

verde.

Astrid tiene la sensaciÃ³n que de todo el aroma a hojas de abeto ha ido a refugiarse en su cuerpo. Se imagina que nadie mÃ¡s puede olerlo, sÃ³lo ella. Hipo mantiene los ojos abiertos y ella tambiÃ©n. Todo el mundo guarda silencio. TambiÃ©n el Furia Nocturna. Hasta que el animal gime un poco, como sin querer, y las puÃ±aladas se vuelven mÃ¡s errÃ¡ticas y desesperadas, mÃ¡s veloces. El dragÃ³n ya no se mueve y los ojos de Hipo parecen negros.

Estoico se acerca despacio y apoya una mano en el hombro de su hijo. Hipo se detiene en seco. Sus brazos cuelgan a ambos lados de su cuerpo como si alguien se los hubiera roto. El cuchillo cae sobre la tierra mullida del bosque.

Hipo se arrodilla despacio ante la criatura, casi dejÃ¡ndose caer, y mete la mano hasta el codo en el pecho del dragÃ³n. Astrid piensa en recuerdos casi de otro mundo, su madre ayudando a nacer a un cordero, arrodillada tambiÃ©n. El brazo buscando dentro de otro cuerpo. La sangre en su falda, por todas partes. El terror mÃ¡gico en el aire.

Cuando Hipo se pone en pie es como si toda la tribu tomara aire al unÃ-sono. Hipo levanta el brazo y lo estira en alto, y lleva una manzana negra en el puÃ±o. Astrid piensa que es un corazÃ³n pequeÃ±o para un dragÃ³n, pero todos aplauden, estallan en vÃ-tores ensordecedores. Estoico sonrÃ-e un poco como si no se le creyera, y sus ojos no dejan de buscar a su hijo en el desconocido de la barba de sangre. Astrid encuentra a Mocoso entre la multitud, a unos pasos a su derecha, y ve que tiene la boca arqueada en una mueca de dientes apretados y las mejillas mojadas y rojas, y ella no quiere ver a nadie de ese modo. AsÃ- que se gira con las orejas coloradas, el ceÃ±o fruncido, y mira en cualquier direcciÃ³n menos en esa. A su madre no la ve porque no la estÃ¡ buscando. Porque no le importa en absoluto si estÃ¡ tosiendo.

Resuenan los cuernos como el mugido de un yak, y los vikingos aÃºllan y chocan las armas. Estoico alza los brazos para animar a la multitud y contempla a su hijo con tanto orgullo que no le cabe en la mirada. Pero entonces la manzana palpita. Palpita entre los dedos como si fuera a reventar. Bombea fuerte y poderosa en el puÃ±o de Hipo, y con cada latido se enciende en un resplandor enfermizo y pÃºrpura. El bosque, la tierra retumba. Las agujas de abeto en los Ã¡rboles. Retumban las costillas de Astrid.

Todos los aplausos y las voces se van apagando hasta desaparecer. Pero Hipo sigue de pie, con el puÃ±o en alto.

/.../

HacÃ-a tiempo que querÃ-a escribir algo asÃ-, y aprovechando que tengo vacaciones, me he puesto a ello.

No sÃ© si continuarlo o dejarlo como relato corto, la verdad.

Por cierto, aÃºn no he visto la segunda pelÃ-cula. Me da miedo que me acabe decepcionando.

End

file.